

Comentarios sobre el libro 1898: *La Guerra Después de la Guerra*, de Fernando Picó.

Mariano Negrón Portillo

Recientemente, Fernando Picó se unió a aquellos historiadores que han escrito sobre el 1898 en Puerto Rico. Su libro *1898: La guerra después de la guerra* (Río Piedras, Ediciones Huracán, 1987), es un esfuerzo por aportar nuevas ideas a un viejo debate.

No hay dudas de que la invasión norteamericana del 25 de julio de 1898 marcó el inicio no sólo de un nuevo régimen colonial, sino de una verdadera ruptura social que trastocó los fundamentos de la sociedad puertorriqueña. Una ruptura que, tradicionalmente, ha sido vista más bien como los cambios políticos (administrativos, partidistas) ocurridos y el comienzo de los malentendidos o las imposiciones culturales que caracterizaron por largo tiempo no pocas de las relaciones entre los gobernantes norteamericanos y el sector autonomista de la elite puertorriqueña.

Picó, en su nuevo libro, trata de ir más lejos en el análisis del 98. Sin dejar de examinar los viejos temas de los preparativos y las operaciones militares norteamericanas, entra a discutir los importantes conflictos que se generaron a partir de la invasión. Por un lado, comenta sobre las cuadrillas auxiliares de las tropas de Estados Unidos y, por otro, sobre las "partidas" (que yo llamo revueltas) campesinas que atacaron propiedades y propietarios del interior del país. Llega también a la misma conclusión que yo,¹ que entre ciertos sectores populares (jornaleros, pequeños propietarios), el resentimiento y el deseo de saldar cuentas llevó a éstos a lanzarse en variadas y violentas acciones contra distintas propiedades, particularmente las haciendas.

Estos acontecimientos fueron muy importantes porque se referían a la verdadera especificidad de la situación colonial de Puerto Rico bajo España, la cual, en muchos aspectos, se distinguía por su carácter opresivo. Cuando los campesinos se levantaron para atacar haciendas, comercios, residencias y hasta personas (hacendados, mayordomos), dirigían sus acciones, en gran medida, contra lo que para ellos representaba su explotación más visible e inmediata.

¹ Mariano Negrón Portillo. *Cuadrillas anexionistas y revueltas campesinas en Puerto Rico, 1898-1899*. Centro de Investigaciones Sociales de la Universidad de Puerto Rico, 1987.

Sin embargo, el 1898 en Puerto Rico tuvo un significado que ha eludido los esfuerzos de Picó y los otros historiadores que han escrito sobre diferentes asuntos relacionados con este momento histórico. Ciertamente, ya conocemos bastante sobre los aspectos militares de la invasión y la presencia de puertorriqueños que auxiliaron a las tropas norteamericanas. Sabemos, además, que la invasión no fue un "trauma" que puso fin a una imaginaria "felicidad colectiva", y que la supuesta resistencia independentista a los invasores no parece haber sido más que una interpretación equivocada de ciertos acontecimientos.

Ahora bien, ya habiéndose escrito extensamente sobre lo militar y quedando descartadas las explicaciones mitológicas, parece ser tiempo de comenzar a examinar lo que se nos ha escapado, o lo que ha sido subestimado de ese 1898. Hay ciertos asuntos que se hacen evidentes por su significado histórico. Veamos algunos de ellos, a manera de ejemplo.

El 98 como ruptura social

Cuando las tropas de Estados Unidos pisaron tierra en Puerto Rico no dieron meramente inicio a la sustitución de un régimen colonial por otro. La incorporación de Puerto Rico al Estado norteamericano significó una discontinuidad histórica. Se puso fin a un ordenamiento social donde, entre otras cosas, 1) los muy subordinados sectores populares eran totalmente excluidos de los procesos políticos; 2) el reformismo autonomista, tras larga lucha, se movía hacia la obtención de significativos cambios políticos en el país que le permitieran adelantar sus intereses frente al Estado español y los propietarios españoles; y 3) los grupos más "radicales" como los anexionistas y los independentistas, quedaban marginados de una presencia política.

Con el cambio de régimen, comenzó aceleradamente un proceso de desmantelamiento de las viejas formas de articulación política y de relacionarse las clases sociales en Puerto Rico. Además, la elite criolla quedaba situada en una posición distinta frente al Estado, que ya no estaba particularmente interesado en obtener beneficios (arancelarios o de intercambio comercial) de un crecimiento en la producción—como sucedía bajo España—sino que se dirigía a una rápida **integración** (desigual) de Puerto Rico a la estructura económica metropolitana. A partir de julio del 98, la política del Estado sería la de facilitar una integración subordinada de la Isla que se caracterizó por una rápida concentración (y "centralización") de la propiedad y el cultivo extenso de la caña de azúcar. Además, el Estado hizo posible la disponibilidad de una amplia mano de obra de campesinos sin propiedad.

Con la afirmación clara de la dominación norteamericana en Puerto Rico en 1898 y 1899, se abrieron espacios a una presencia, e incluso un protagonismo, de sectores populares (campesinos y grupos urbanos) que alteraron notablemente los viejos patrones de subordinación social que se imponían bajo España. Las

revueltas campesinas primero, y el singular activismo popular que se manifiesta más tarde durante las Elecciones de los Cien Días (1899), apuntaban a unos cambios muy significativos. Mientras tanto, el Estado norteamericano no tardaba en echar abajo el proyecto autonomista que había alcanzado su mayor triunfo con la Carta Autonómica de 1897. Esta actividad contra el reformismo autonomista estuvo, en cambio, acompañada de una evidente presencia del anexionismo que pasaba a convertirse en un aspirante de peso a los espacios de poder que concedía el nuevo régimen.

El protagonismo de los sectores populares

La coyuntura creada por la invasión norteamericana, permitió que se desatara en Puerto Rico una actividad de violencia popular que ha sido caracterizada como las "Partidas Sediciosas" o las "Partidas". He creído más acertado llamar a este fenómeno "revueltas campesinas", el cual constituyó uno de los primeros conflictos de clases extensos y masivos en nuestra historia. Se trató de un conflicto en el que numerosos campesinos del interior se lanzaron a ajustar cuentas con el mundo social donde habían sido explotados a lo largo del siglo 19. Lo que ocurrió en 1898, y que se extendió a 1899, fue una verdadera ola de incendios, asaltos, saqueos y agresiones que se dirigieron mayormente, pero no únicamente, contra españoles, por ser éstos los principales propietarios del país. Fue una actividad muy notable que alarmó al Estado y a parte de la elite criolla.

Pero este ajuste de cuentas no fue un mero fenómeno pasajero que se limitó a satisfacer unas inconformidades y unos resentimientos largamente acumulados. A partir del 98, diferentes sectores populares asumieron también un rol protagónico que evidenciaba no solamente el deseo de venganza que discute Picó, sino la afirmación de una presencia que modificara las relaciones entre las clases sociales y las maneras de participación en los procesos políticos del país.

Para no pocos sectores populares en Puerto Rico, el 1898 no fue "trauma" ni crisis, sino una apertura que se presentaba llena de posibilidades para alcanzar una presencia política que alterara las existentes articulaciones del poder. Las manifestaciones de este sentir no se hicieron esperar en muchos lugares de la Isla. Por eso, para dar un par de ejemplos, decía el teniente Edwards de las tropas norteamericanas, que cuando la bandera de Estados Unidos fue subida al tope de la casa alcaldía de Arecibo, una multitud irrumpió en prolongados aplausos y clamores mientras:

Un negro, muy excitado, montado en un caballo, apareció a la cabeza de una multitud del populacho agitando una bandera de la Unión. Aquella parada, compuesta de gentes de la peor clase, recorrió las calles, demostrando poseer el espíritu de las turbas anarquistas.²

² Angel Rivero. *Crónica de la Guerra Hispano Americana en Puerto Rico*. Nueva York, Plus Ultra, 1973, p.436.

Decía Edwards, además, que cuando las tropas invasoras tomaron a Yauco:

El entusiasmo, aquí como en otras partes, fue exclusivo de la gente más baja del pueblo, quienes daban gritos y saltos, corrían y hasta bailaban como locos.³

A partir de julio de 1898, el país vería continuas acciones de activismo popular en las cuales participaron grupos urbanos y rurales y organizaciones obreras los cuales, con gran determinación, se dieron a recorrer calles y campos en busca de espacios de poder.

El 98, por otro lado, no fue sólo apertura para el protagonismo popular. La elite criolla, naturalmente, fue también parte de los procesos de ruptura que acompañaron el cambio de régimen.

La elite criolla y el 98

Como es bien conocido ya, durante la invasión, diferentes anexionistas puertorriqueños colaboraron con las tropas norteamericanas como escuchas, intérpretes, organizadores de avanzadas... Esta fue una tarea de importancia que ayudó a los soldados norteamericanos a llevar a cabo una "buena" invasión, con sólo un mínimo de fricciones con la población civil. Pero no se trató de una colaboración pasajera, coyuntural. La presencia política de los anexionistas trascendió por mucho las funciones de apoyo en el momento de la invasión. En el 98, el anexionismo irrumpió en la sociedad puertorriqueña asumiendo una centralidad que no ha perdido desde entonces. Esta tendencia que, al igual que el independentismo, había tenido una existencia precaria durante el régimen español, aprovechó las circunstancias del 98 para integrarse a la organización (Partido Ortodoxo) que encabezaba el Dr. José Celso Barbosa y que constituía el sector más avanzado y progresista del reformismo criollo puertorriqueño. Al año siguiente, el Partido Ortodoxo pasó a llamarse Republicano y se convirtió en el aliado más estrecho del nuevo gobierno.

Mientras tanto, el autonomismo, que había logrado adelantar su proyecto político con la Carta Autonómica de 1897 y con su apabullante triunfo en las elecciones de marzo de 1898, encontró que el nuevo régimen no contemplaba dejar grandes espacios para sus aspiraciones autonomistas. No tardaron mucho los reformistas liberales, encabezados por Luis Muñoz Rivera, en enfrentarse a la realidad de que el Estado norteamericano se dirigía a una rápida integración (subordinada) de Puerto Rico, y que la nueva metrópoli no aceptaría mediatizaciones de índole alguna. Ya en febrero de 1899, el general Henry eliminaba el cuerpo de secretarios de gobierno, heredado del gobierno autonómico y presidido por Muñoz Rivera. Decía Henry que Muñoz "Quería hacer nombramientos sin ocuparse de

³ Ibid.

mis deseos y tuvo que salir."⁴ Desde bien temprano, quedó claro quién mandaba en Puerto Rico. De aquí en adelante, las aspiraciones del reformismo autonomista por alcanzar alguna base institucional de poder político se enfrentaron a serias dificultades. Quedaban excluidos del nuevo orden estatal.

El gobierno militar

La ocupación militar de Puerto Rico por las tropas de Estados Unidos fue relativamente larga, extendiéndose por casi dos años. Ciertamente que durante ese período ocurrieron diferentes asuntos de interés relativos a los cuerpos militares: sus jefes, su composición, sus problemas... Picó bien comenta estos asuntos. Sin embargo, la tarea de los militares en Puerto Rico no fue meramente la de ocupar el país y establecer una presencia categórica del nuevo gobierno colonial. El rol de los militares fue mucho más allá que eso. Durante los primeros meses de gobierno militar, los norteamericanos comenzaron a dismantelar el aparato estatal español en la Isla. En los inicios de este proceso, se procedió a centralizar funciones públicas, organizar los cuerpos policíacos, reorganizar la administración municipal y controlar los tribunales de justicia. A la vez, los gobernantes militares desbancaban el reformismo autonomista y promovían el discurso antiespañol-anexionista.

No olvidemos que, desde la misma proclama del general Miles, los militares norteamericanos promovieron (y la gente respondió gustosamente) la difusión de los discursos contrarios a España. Se alentó que, en diferentes contextos, se hablara mal de la vieja metrópoli y del significado del régimen español en Puerto Rico. Las prácticas represivas y las políticas económicas retardatarias de la dominación española, fueron tema prominente en 1898. Mientras tanto, se exponían las supuestas virtudes del nuevo régimen y su significado modernizador y progresista para la sociedad puertorriqueña. Fue un hablar constante y vigoroso que ayudó a consolidar la adhesión de la mayoría del pueblo de Puerto Rico al gobierno norteamericano y a marginar a todos aquellos que pusieran reparos a la nueva realidad colonial.

Atrapados en este reordenamiento quedaban los reformistas autonomistas. Ilusionados (como casi todo el país), esperaban que los norteamericanos concedieran a Puerto Rico un tipo de gobierno donde el poder local quedara en manos del liderato político puertorriqueño. Si bien la integración de Puerto Rico a Estados Unidos incluyó prácticas y derechos que constituían un adelanto social (que, por ejemplo, disfrutaron las mujeres que aprovecharon la legalización del divorcio y los trabajadores que pudieron organizarse libremente), y que un nacionalismo ciego ha tratado de negar, una cosa se haría evidente: que la relación de la Isla era esta vez con una metrópoli cuya hegemonía colonial no iba a dejar muchos espacios

⁴ Pilar Barbosa de Rosario. "Disidentes" vs. Fusionistas (1897-1899). Vol III, San Juan de Puerto Rico, 1983, p. 273.

para ejercicios de gobierno propio. Los militares no tardaron en revelar las nuevas reglas del juego.

Repensando el 98

Superadas las explicaciones "culturales" que veían el 98 como "trauma", agotados los énfasis en los aspectos militares de la invasión y tras comenzar a demostrarse la inexactitud de las visiones del cambio de régimen como simplemente un acontecimiento negativo para la totalidad del país; procede un nuevo examen de este importante momento en la historia de Puerto Rico.

El 98 fue tiempo de una ruptura social que dio paso a una redefinición de las relaciones entre las clases sociales (y de éstas con la metrópoli) que se tradujo en: 1) la apertura—dolorosa a veces—de nuevos espacios políticos para ciertos sectores populares, como los grupos urbanos, 2) la afirmación del anexionismo como fuerza central en la vida puertorriqueña y 3) la crisis del reformismo autonomista que fue abruptamente desbancado de sus efímeros logros, alcanzados tras décadas de difíciles luchas bajo el régimen español. El 98 como discontinuidad histórica nos apunta a la necesidad de un reexamen de tan importante fecha.

Trabajos como el nuevo libro de Fernando Picó, aportan conocimientos al entendimiento del cambio de régimen, sin embargo, seguimos en la espera de investigaciones que examinen y expliquen el verdadero significado y la trascendencia de este crucial momento en la historia de Puerto Rico.